¡VIVA LA FRONTERA!
Una distopia

Alberto Oliet Palá

¡VIVA LA FRONTERA!
Una distopia

Alberto Oliet Palá

avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
© Alberto Oliet Palá, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-42-6
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL: M-18269-2023

A Elena, mi mujer.

El camino de la cultura moderna conduce desde la humanidad,
a través del nacionalismo, hacia la bestialidad.

FRANZ GRILLPARZER

CAPÍTULO 1.

El círculo encantado

¿Estaba despierto o estaba todavía soñando? Pero en un momento ha aparecido ella. No sé que es lo que me apasiona tanto. No la conozco y siempre la he visto de lejos. Pero una ansiedad exultante me domina cuando la miro, incluso en sueños. Tanto, que el deseo de acercarme me atrapa el corazón, como si mi vida ya no tuviera otro sentido. Así me veo obligado a luchar contra mí mismo, abrumado porque intuyo que ella puede hacer desbocar mi vida, apartarla del importante papel que he asumido en nuestro Valle. Es una de los otros, es una enemiga de raza.

Además, después de esta exaltación triste ha venido otro pensamiento negativo. El trabajo, que antes era liviano y gozoso, se me pone demasiado cuesta arriba,

por mucha voluntad que le ponga. Ayer buscábamos cocinas de gas en una aldea de la ribera baja. Sabemos que algunos aldeanos las están comprando. Eso me preocupa, y mucho. Algunos son tan zánganos que por no cortar leña se arriesgan a que los detengamos. E incluso a la muerte. De vez en cuando hay explosiones y bien que se arrepienten entonces si logran salvar la vida. Pero lo peor es el negocio que están haciendo los contrabandistas que les venden las bombonas. Se quedan con sus ahorros y mortifican al Valle.

Lo mismo pasa con los generadores de electricidad. Cada vez entran más por la frontera, y eso no es solo cuestión de gandulería. Es un complot del Estado para no dejarnos vivir que nos hace mucho daño. Se quedaron con la salida al mar de nuestro río Viejo y con la mejor presa. Y ahora solo no nos venden electricidad, pues lo que producimos no nos llega ni para encender la frontera. Así que, con la escasez, hacen negocio vendiéndonos los generadores que atraviesan la frontera.

No sé; al final, es verdad lo que me dice Eneas con su tono sentencioso:

—Patrón, es que hasta me he encontrado con gente que no se ata las polainas en cruzado, lo hacen en redondo, que hasta es más complicado. No me lo puedo explicar.

Tristemente tiene toda la razón. La gente cada día hace las cosas más rebuscadas. No sé por qué esa

obsesión por lo nuevo, cuando hay tantos caminos ya hechos.

Estos pesares del despertar, sin embargo, desaparecieron como por ensalmo al abrir el armario y sacar mi ropa de aldeano de honor. La vida volvió a brillar. Allí estaba, limpia, impoluta. Preparada para el gran acto. El gorro de paño grueso con los colores de nuestra bandera. La camisa blanca y el chaleco de piel fina de la vaca de nuestro Valle. El pantalón de lino, las abarcas de cuero claro y el fajín dorado. Me puse la casaca de los grandes días, pues hace ya mucho frío. No sé, casi salivé por la devoción que tengo a estas prendas ancestrales. Las adoro.

Con detenimiento me fui poniendo cada prenda que olía a jabón y a río. El sentimiento patriótico volvió a mí como lo sentía en el momento más vibrante de nuestra revuelta, cuando pertrechados con los viejos fusiles y amparados por las rocas de nuestra tierra hicimos frente a las fuerzas del Estado, a las que vencimos por nuestro arrojo y por la cobardía y el descreimiento de ellos.

A mí la acción patriótica me encandiló y sus emociones desbordaron cualquier otro sentimiento. Renuncié de improviso a lo que para mí había sido mi pasatiempo y mi vida: el deleite de las mujeres, el placer de conquistarlas y disfrutarlas, que se me dio siempre muy bien. Pues la verdad, siendo caprichoso, dejé a muchas casaderas destrozadas, sin que me quedara por

ello mucha preocupación. Hasta me pusieron un mote: doctor galán me llamaban.

Pero desde la revuelta lo dejé todo por la patria. Solo ella merecía mi energía, mi sacrificio; y, como tantos otros, no me dejé amilanar por el poder del enemigo. Al contrario, el entusiasmo me invadió de tal forma, que arriesgué mi vida muchas veces, aunque la recompensa que recibí al final me hizo muy feliz. El nombramiento de Patrón Étnico, que el Gran Patrón apreciaba como de los más importantes, dio sentido a mi vida. Nada más y nada menos que dirigir la lucha para que nuestra cultura no afloje jamás. Solo desde la tradición se defiende la patria, que acaba muerta y sin sentido con las ideas modernas.

Vestido ya, me puse en marcha en seguida por la ronda prescrita de siempre para llegar al círculo. A pesar de mis despertares hoy he caminado con energía renovada. No me ha pesado el camino y eso que sube y baja recorriendo los montes dando giros desconcertantes, aunque con esto consigue dejarnos la marca de nuestra tierra en los ojos. El cansancio me ha serenado. Las caracolas de los patrones sonando en la bruna me han devuelto de golpe a los orígenes. No sé, es como si en su sonido retumbara una historia milenaria de lucha, humillación y victoria.

Ya estoy cerca. Lo sé. Pronto aparecerá el primer círculo de piedras que está a una legua del Gran Castaño. Es un muro grueso y tan alto como una buena

ternera. La verdad es que construirlo también fue una heroicidad. Todos los aldeanos debieron traer piedras de todos los lugares del Valle para encajarlas una a una en el muro y de forma precisa con lo que se mantuviera sólido en pie. Sin argamasas, solo con la sabia agudeza de los viejos aldeanos, que siempre supieron colocar piedras grandes y chicas con el mejor encaje. Una obra gigantesca con la que celebramos nuestra sublevación. Se trata de un círculo con un radio de una legua, igualado por todas partes, pegado al terreno y con sus altibajos, a ratos muy pronunciados.

Una gruesa cadena de hierro cierra el camino en el que se abre el muro. Uno de los Vigilantes del Mandato allí presente, impecable y sobrio en su disciplina, me saluda con una inclinación de cabeza rápida, militar y me cede el paso quitando la cadena. No me conoce, pero mi indumentaria sirve de salvoconducto; nadie osaría llevar el traje de los patrones. Cuando traspaso la barrera oigo el sonido sostenido del cuerno de macho cabrío que el vigilante comienza a tocar enseguida. Es la llamada de alerta que rompe el silencio en un intenso agudo y que parece prolongarse, en sonido cada vez más tenue, por el gran círculo.

«¿Qué pasará?».

De pronto me asalta la pregunta que llevo masculando desde que me emplazó el heraldo del Consejo: ¿A qué se debe esta precipitada convocatoria de la más solemne reunión como es la del Consejo de los

Honorables? ¿Será por la Resistencia? Espero que no tengamos otra guerra con el Estado, que es el que está detrás de sus acciones sediciosas. El círculo se ha convocado de la noche a la mañana. De repente. Solo nos ha reunido el Gran Patrón tres veces desde la revolución: la primera cuando se celebró solemnemente el triunfo de la sublevación; la segunda para nombrar a los patrones, entre ellos a mí; la tercera cuando le dimos un puesto institucional a los caciques de las parroquias. Pero ¿ahora? No sé. Algo peligroso para que el Gran Patrón haya decidido convocarnos de pronto, sin que se sepa nada, sin motivos aparentes. La cosa es inquietante.

Todavía no se distingue el Gran Castaño, ni al gentío que estará ya en al acto. La tarde oscurece. Poco a poco empiezo a oír a alguna corneta que da órdenes desvaídas aquí y allá, e incluso gritos lejanos. Casi en seguida me topo con el siguiente círculo, mucho menos majestuoso, pero también abigarrado de piedras grises y ocres. Ahora sí que veo al fondo el gran escenario, el del último círculo que rodea a nuestro árbol sagrado.

Está claro que el ataque a la Gran Cabalgata del Linaje ha sido una brutal sorpresa. Precisamente el 1 de noviembre, en que celebrábamos el día de nuestra independencia, con todos los aldeanos de fiesta y en la calle, hicieron su aparición más sangrienta.

Querían complicar la Cabalgata. No se atrevieron a lanzar ningún ataque en el tramo en que íbamos

todos los patronos, al final, rodeados de los Guardias de la Hermandad. Se colocaron a cabeza de la procesión, en la que iban los más débiles, niños y jóvenes. Al principio no dispararon directamente, pero gastaron mucha munición al aire, tratando de aterrorizarlos. Los niños corrieron despavoridos, pero algunos de la Joven Liga de la Recuperación, de improviso, se enfrentaron a los cobardes tiradores enmascarados. Corriendo hacia ellos solo armados con el ímpetu de lucha que les hemos trasmitido, sin pensar en las consecuencias. La Resistencia de los no aldeanos entonces empezó a dispararles. Dos murieron y tres quedaron heridos. Yo, al sentir el tiroteo, fui corriendo al lugar y, con los tiros rozando mi cabeza, conseguí que muchos jóvenes se protegieran. A pesar de la confusión los patrones logramos que la Gran Cabalgata continuara su camino, como tenía que ser, aunque sumidos todos en el dolor.

El olor a leña de las fogatas y a brea de las antorchas llega adelantado, como prólogo de la reunión. Allí está ya el Círculo Encantado. Se oyen los primeros tambores que anuncian la noche.

CAPÍTULO 2.

La refundación

Todos estamos dentro del círculo de piedra, cerco simbólico de la patria, al que hemos entrado con humildad y parsimonia. En el centro, el Castaño protector que ahora en otoño amarillea.

Como dice nuestro poeta, Adonay:

Su tronco y ramas parecen pétreos, tan viejos como nuestra lucha,
sus lánguidas hojas, son lágrimas por el sufrimiento vivido,
lamentos por la heroica hueste que, con su muerte, hizo posible nuestra soberanía.

Se acaba de poner la noche por completo. Es un instante de tan absoluta pureza que hipnotiza. Todos

alrededor del Gran Patrón, concentrados en su figura, severa y majestuosa. Se siente el Valle detenido, esperando sus palabras. Los tambores de la noche, que continúan, se van apagando poco a poco. Me llenan de gozo los rostros graves y circunspectos de los que me rodean. Se ve en sus miradas una confianza imperturbable. El Gran Patrón parece iluminarnos con su sola presencia.

Es el Consejo de los Honorables. En el primer círculo todos los patrones de Brigada y al Gran Alguacil. Como ellos, mantengo en tensión el látigo siempre dispuesto al chasquido. También están aquí los patrones de Parroquia, en representación de todas las pedanías del Valle. Con sus blusones verdes, la capa de piel de cordero y los bastones de mando, con los que golpean el suelo suave y lentamente, como haciendo sentir su poder.

Cuando aparezco todos los patrones de Parroquia me saludan con un gesto de respeto. Sé que estos patrones me adoran. En realidad, yo fui el que hice que los nombrara el Consejo de Honorables formalmente y les diera un papel oficial en el Valle, más allá de lo que eran, los caciques de cada lugar que repartían trabajo y mandaban en su parroquia. Pero el nombramiento de Patrón de Parroquia les dio el honor que querían. En ocasiones organizan reuniones festivas en las que siempre me homenajean.

Detrás están los aldeanos encapuchados a quienes se privilegia con la asistencia. Portan en alto las antorchas que iluminan el centro desde el que el Gran Patrón, alzado en un entarimado, se dispone a hablarnos. Su rostro enjuto pero venerable, su pelo de un blanco reluciente y su figura grácil destaca en la oscuridad que ya nos rodea. Pero su rostro sabio, que siempre expresa una extraordinaria bondad, y que nos ha templado siempre, hoy, sin embargo, refleja infinita pesadumbre.

Con un gesto enérgico, que incita el chasquido de nuestros látigos, abre el círculo para que pasen los niños que viven con él en la Casa de la Simiente. Ellos se adentran en el círculo haciendo resonar los choclos al ritmo de sus pasos, con un estruendo rítmico que hace que cruja la noche. Sus túnicas blancas resaltan el momento, cuando el Gran Patrón, con gesto amoroso, hace que se sienten a sus pies, rodeándole. En ese momento el chambelán sube con presteza al entarimado junto al Gran Patrón y anuncia:

—Nos va a hablar a todos. ¡Escuchad, patrones y aldeanos! ¡Hoy refundamos la patria! ¡Viva la restauración cultural!

Entonces el Grande, mirando a todos los que estamos dentro del círculo de piedra, nos señala uno a uno para marcar el lazo irrompible que nos une y comienza su discurso, que detiene todo sonido, incluso el murmullo de los bastones.

Su cara afligida ahora se trasmuta en seria energía. No está desde luego feliz, como en otras solemnidades. Siento que dentro del círculo de piedras todos estamos asustados. Yo también. Su mirada, siempre benévola, parece perturbada con los ojos fijados en el infinito. Nunca lo había visto así. Su apariencia siempre fue la del benefactor amistoso y próximo a cuya atracción nadie podía resistirse, pero ahora muestra un resabio de rencor que nunca habíamos visto, lo que me genera tal ansiedad que gritaría para aplacar mi miedo y su pena. No es para menos, pues cuando empieza a hablar nos transmite un abatimiento intenso, que llama a nuestra responsabilidad:

«Patrones, nuestro pueblo aldeano ha sido siempre noble y viril y así lo ha demostrado a lo largo de su historia. Cuando llegamos al Valle, desde el mar, nuestra raza erigió una tierra ideal en la que no se conocía la tristeza ni el sufrimiento. Nuestras viejas leyes sirvieron para construir un pueblo perfecto. Nuestra lengua patria nos ha acompañado con su dulzura especial. Siempre rodeados de razas extranjeras enfermas, corruptas y embrutecidas. Pero nuestro pueblo durante siglos resistió a sus ambiciones nefandas, pues siempre quisieron adueñarse de nuestros fértil Valle e infectarnos con sus degeneradas costumbres. Querían invadirnos y adulterarnos, querían uncirnos al yugo de la esclavitud. Aunque pocos éramos temidos por todos.

» Pero apareció el criminal Estado, con su brutal poderío y sus taimadas artimañas, que consiguió invadirnos, hundiendo el puñal en nuestra gloriosa patria, dejándola anémica, desposeída de sus bienes y de su espíritu por el virus que nos trajo: su corrompida moral, sus perniciosas leyes. Pero, sobre todo, pudriendo nuestra lengua, que se llenó de infectas palabras extranjeras.

» Nuestro pueblo no se resignó. La rebelión emocionó nuestras almas y se hizo irresistible, hasta que sus cobardes guerreros acabaron cediéndonos el terreno y abandonándolo, porque asustados por nuestra pasión, no tuvieron más remedio que entender que era nuestro. Tuvieron que dejarnos vivir sin sus leyes, sin su constitución, o sus fatuas libertades. Claro que el sufrimiento y el sacrificio de los que luchamos en aquellos gloriosos días fue atroz. El quebranto fue desmesurado. Ya sabéis, yo mismo perdí a mis dos hijos.

» Sin embargo, ahora, después de los diez años transcurridos desde la sublevación contra el Estado, veo una peligrosa decadencia en el Valle que afecta a lo más importante, a lo que debe ser más auténtico entre los aldeanos: la conservación de las tradiciones compartidas que nos unen, que nos ennoblecen y nos hacen ser algo distinto a una masa depredadora.

» Yo os culpo —declama con la voz enfurecida que amedrenta de pronto— a vosotros, los patrones. Sois los encargados de vigilar que nuestra revolución